

CAPÍTULO 2.

PRIMER VOTO: CASTIGO POLÍTICO Y DESCRÉDITO DE LOS MEDIOS

Tenemos que mantener la posición inequívoca de que la desobediencia civil pacífica es una reacción legítima, incluso necesaria, al fraude electoral¹.

Víctor Fco. Sampedro Blanco y Manuel Martínez Nicolás

Nos proponemos presentar los resultados de las conversaciones mantenidas con jóvenes que, por primera vez votaban en las Elecciones Generales de 2004. Hicimos cuatro grupos que se reunieron, por una trágica casualidad, el día antes de los atentados de Madrid. Una semana más tarde, tras haberse celebrado las elecciones, les volvimos a convocar. Esta vez nos hablaron de si habían cambiado el voto, de cómo les influyeron los atentados y las movilizaciones del 13 de marzo.

Dos baterías de preguntas guían nuestra investigación. Los primeros interrogantes se centran en la interacción del voto joven con los representantes políticos y la mediación periodística en una campaña electoral que puede considerarse “normal” hasta el día 11 por la mañana. A partir de entonces, este caso de estudio arroja nuevos interrogantes sobre la credibilidad de los partidos y los medios, el uso de las NTIC para debatir y movilizar el voto e, incluso, la desobediencia civil.

¿Cómo valoran estos jóvenes las estrategias electorales y la cobertura periodística de la campaña? ¿En qué medida se sintieron representados e informados, antes y después de los atentados? ¿Cómo definieron el voto propio y ajeno? ¿En términos ideológicos o pragmáticos? ¿Fue un voto de miedo o de castigo? ¿Qué medios emplearon para seguir la campaña y determinar la autoría del 11-M? ¿Participaron los jóvenes en la manifestación oficial del 12-M y en las concentraciones del 13-M? ¿Cómo valoraron esas movilizaciones y en qué medida determinaron su voto? ¿Usaron las NTIC para establecer redes de deliberación y movilización alternativas? ¿Qué valor cobraron frente a las instituciones clásicas del debate público?

¹ *El País Domingo*, 28 de noviembre de 2004, p.9, Timothy Garton Ash. Cita referida a “otra revolución de terciopelo” basada en “la resistencia no violenta”, desplegada tras las últimas elecciones en Ucrania. Estos términos se aplican sólo a las “muchedumbres” en Praga (1.989), al grupo serbio Otpor (resistencia) que derrocó a Milosevic y que inspiró el movimiento Kmara (Basta Ya) en Georgia. Ni una sola mención al 13-M, siquiera para señalar posibles diferencias.

1. Nuevos votantes, sistema político y medios de comunicación

La sociología electoral sostiene que los jóvenes muestran un creciente distanciamiento con respecto al sistema político. Se manifiesta en los elevados índices de abstención, en particular, entre los nuevos votantes (de 18 a 24 años), con rasgos distintivos según la cultura y tradición políticas de cada país. Pero todo indica que estamos ante una tendencia bastante generalizada. La desafección política de la juventud admite, no obstante, algunos matices. Como sucede con el resto de la población, también los jóvenes asumen, por amplia mayoría, los valores propios de los regímenes democráticos (derechos individuales, seguridad jurídica, protección social, etc.). El objeto de su rechazo no es la democracia; ni siquiera la política en cuanto tal. Félix Ortega apunta que la mayoría de los jóvenes españoles “se muestra en desacuerdo con que la política sea una cosa sucia, y con que la política se deje en manos de los políticos” (2001: 156). El desencanto juvenil se dirige, por tanto, contra la política institucional, el entramado de organizaciones y cargos que se arrojan la representación de los intereses colectivos. De ahí que las instituciones públicas que menor confianza y estima despiertan entre los jóvenes sean los partidos políticos, el Gobierno y el poder municipal, junto con la iglesia católica, el ejército, las empresas y los sindicatos (Ortega, 2001: 155).

El electorado joven considera que la política es una actividad digna, pero que no se agota en el sistema institucional de las democracias representativas. Por esta razón, su compromiso cívico va desplazándose hacia las organizaciones que alientan a los nuevos movimientos sociales, en busca de espacios donde practicar una nueva política (Benedicto y Morán, 2003: 39-40). De todos modos, tampoco hay que desoír las voces que alertan sobre el carácter retórico de ese desplazamiento. Las ONG y los movimientos sociales que representan esa nueva política son, en efecto, muy valoradas por los jóvenes (aprecio, confianza, simpatía), pero eso no conlleva una participación efectiva y estable en sus actividades (Ortega, 2001: 157).

El desapego por la política convencional tendría su reflejo más directo, como decíamos, en el comportamiento electoral de los jóvenes, más proclives a la abstención que cualquier otro segmento del electorado. En el caso español, el abstencionismo juvenil ha ido mitigándose conforme se afianzaba el sistema democrático. En las elecciones de 1986, superó el 40%, para estabilizarse a partir de 1996, una década después, en torno al 30%. Los datos más recientes señalan una cierta tendencia a la baja.

Pero la abstención juvenil supera con creces el 20%, la tasa media de abstención del censo electoral (González y Salido, 2003: 163-166). Los estudios sobre el seguimiento de las campañas refuerzan también esta idea de una juventud voluntariamente despreocupada de los procesos electorales. Los jóvenes y, sobre todo, los primeros votantes suelen ser quienes menor atención prestan a la información política y electoral y quienes menos se implican en conversaciones sobre asuntos políticos o electorales (Anduiza y Oñate, 2004: 401-404).

La evidencia empírica, de los datos que disponemos, ofrece una imagen poco indulgente de las actitudes y de las prácticas políticas de los jóvenes: desafectos a las instituciones tradicionales, tímidamente comprometidos en formas alternativas de participación, e inclinados, en fin, al abstencionismo. Ortega lo resume de manera cruda: “Participan poco en política, que valoran negativamente, pero esperan de ella mucho. Su desafección política se traduce, más que en radicalismo, en apatía (sobre todo los desempleados), en pragmatismo expectante (en los estudiantes), y en todos los casos en consumo depredador sobre los servicios y ayudas estatales” (2001: 161). Puede ser un diagnóstico acertado; pero no nos dice demasiado sobre las causas de esta situación. Las explicaciones que apelan al cambio de valores en la juventud, que abdicaría del espacio público para refugiarse en la vida privada, son incompletas. Quizá resulte más adecuado abordar el supuesto desentendimiento político de los jóvenes (llámese apatía, desencanto, pasotismo) en el contexto más amplio de la crisis de las democracias representativas y, específicamente, en el déficit de ciudadanía que éstas soportan.

La ciudadanía se apoya, de entrada, en el reconocimiento de un conjunto de derechos y deberes que definen la pertenencia de los individuos a una comunidad política. Pero un concepto pleno de ciudadanía democrática exige la participación activa en la gestión de los asuntos públicos. Más allá de los derechos y deberes legalmente prescritos, “el acceso a la ciudadanía es un proceso que se construye socialmente a través de la presencia y el protagonismo de los individuos en el espacio público”, como sostienen Benedicto y Morán (2003: 49). Para ello las democracias deben proveer una estructura de oportunidades (instituciones y prácticas políticas) que permitan a los individuos y grupos sociales hacerse visibles en la esfera pública e intervenir en la toma de decisiones.

Por contra, la percepción generalizada es que la política se reduce al juego restringido de los profesionales (a las elites, a la clase política), que dilapidan energías

(y recursos públicos) en debates alejados de los intereses reales de la gente. Se muestran impermeables e incluso se blindan frente a nuevas demandas sociales, con la cooperación activa y pasiva de los grandes medios de comunicación. El protagonismo en la vida pública democrática exige, cada vez más, concentrar esfuerzos y recursos en el frente mediático para librar allí la batalla informativa que procure visibilidad a los actores que debaten los asuntos públicos. Quienes mejor cultiven las relaciones con los medios, condicionen su actividad empresarial o, simplemente, ajusten su discurso a los criterios de los periodistas contarán siempre con una posición de ventaja. Ventaja que ostentan quienes tienen poder - político, económico o cultural -, o están en liza por tenerlo (Blumler y Gurevitch, 1995; Sampedro, 2000; Sampedro y otros, 2000; Martínez Nicolás, 2002).

El déficit de ciudadanía es inseparable, por tanto, del bloqueo de la esfera pública democrática. Lo uno (el bloqueo) conduce a lo otro (el déficit). Desde esta perspectiva, advertimos que la desafección no es, ni mucho menos, privativa de los jóvenes. Amplias capas sociales comparten esa actitud, como bien insisten las teorías del cinismo y del malestar democráticos (Cappella y Jamieson, 1997; Putnam y Pharr, 2000; Norris, 2000). El distanciamiento de la política institucional y, en general, respecto al ámbito público no es una distorsión imputable a una juventud apática, pragmática y hasta farisea, sino que se vincularía a algunas deficiencias serias de las actuales democracias representativas. El desentendimiento político puede interpretarse como una reacción cívica ante una situación de bloqueo, donde los políticos y los periodistas dificultan el acceso y la participación a un espacio público monopolizado por los profesionales.

Datos contundentes refuerzan esta tesis. Los jóvenes piensan que su influencia real en las decisiones políticas es nula o escasa. Además, consideran necesaria la intervención de los ciudadanos para resolver los asuntos sociopolíticos (Ortega, 2001: 156). Pero optan por abstenerse en las elecciones, la ocasión privilegiada en democracia para participar en el reparto del poder político e influir, siquiera sea por delegación, en las decisiones. Ciertamente los jóvenes se abstienen en mayor medida que el resto de la población. Pero entre ellos abundan los electores desmovilizados durante la campaña electoral; es decir, aquellos que teniendo intención de votar antes de la campaña acaban absteniéndose. En este sentido, Anduiza apunta: “Los no votantes y los electores desmovilizados son más jóvenes que los votantes y los electores movilizados [durante la campaña...]. Curiosamente, los electores desmovilizados prestan una mayor atención a

la política en los medios y hablan en general más sobre política que los no votantes o los electores movilizados, por lo que puede hablarse de una abstención con un cierto componente de politización” (énfasis añadido, 2004: 481.). En efecto, la abstención politizada de los jóvenes no se ejerce desde la apatía, sino desde la valoración negativa de las opciones políticas y de los candidatos que las representan.

Si atendemos a las razones o motivos del voto juvenil, esa impresión se afianza. Los jóvenes tienden a votar por factores más instrumentales y racionales que ideológicos (González y Salido, 2003). En su decisión electoral influyen poco la simpatía, la proximidad ideológica o la lealtad e identificación con líderes y partidos. Pesan mucho más el cálculo estratégico y la actitud vigilante sobre la actuación de los responsables políticos. Los jóvenes tienden, así, al voto instrumental, aquel con el que se apoya a una opción política con el propósito de evitar o neutralizar la amenaza que pueda representar otra alternativa. Y, cada vez más, responden a una pauta de voto racional, “resultado de una evaluación crítica de la capacidad de los partidos para la gestión de políticas concretas y la resolución de problemas” (González y Salido, 2003: 172). La abstención activa (o politizada) y el voto instrumental y racional desdicen aquella idea de una juventud desentendida de los procesos y valores de la democracia, ni siquiera de su versión más institucional. Otra cosa es que ese comportamiento electoral se exprese, sobre todo, en forma de castigo político. Castigo al sistema, que les conduce a la abstención; y castigo a los partidos y líderes que han defraudado sus expectativas.

La idea de que los medios también son responsables del bloqueo de la esfera pública está en el origen de su descrédito. Los jóvenes les están retirando el principal aval simbólico con el que creen contar: la confianza de la opinión pública. Es cierto que los medios son una de las instituciones mejor valoradas por la juventud española (Ortega, 2001: 155-156); pero, recordemos las bajísimas valoraciones del resto de las instituciones y que estos datos no nos dicen nada del uso que les dan y del grado de satisfacción que obtienen.

En un trabajo comparativo de las actitudes juveniles en España y Estados Unidos, Kevin Barnhurst señala que los jóvenes son conscientes del partidismo de la prensa española, por lo que “aprenden a dudar de lo que encuentran en el periódico y a comparar los informes de uno con los de otros” (2003: 5). Obligados a recurrir a otras fuentes de información, se reduce, según Barnhurst, la dependencia con respecto a los medios tradicionales. Pero entre los jóvenes españoles también cunde una cierta desazón

de que la información disponible es poco útil para formarse como ciudadanos competentes. Para intervenir activamente en la esfera pública, necesitarían elementos de juicio que no parecen encontrar en los medios.

Cuando hemos comparado distintos países, detectamos que el grado de comercialización de los medios afectaba de forma muy negativa a la auto-percepción de los jóvenes como ciudadanos. La dificultad era creciente a medida que descendíamos en la escala social y el nivel educativo de los jóvenes más desfavorecidos (Sampedro, Barnhurst y Cordeiro, 2003). Tampoco los medios convencionales le proporcionan a la juventud una representación de sus identidades nacionales, acorde con sus intereses más cercanos (Sampedro, 1998). Y, en el caso de España, destacan por su incapacidad para haber transmitido una memoria histórica democrática, en concreto, en lo que respecta a su representación de la guerra civil, la dictadura y la transición (Sampedro y Sáiz, 2003; Sampedro y Baer, 2003). En los estudios anteriores empleamos métodos de investigación cualitativos; en concreto, relatos que los jóvenes escribieron sobre sus experiencias biográficas y la observación etnográfica de sus hábitos de consumo; (les observamos y entrevistamos mientras consumían prensa y televisión). Ahora hemos optado por conversar con ellos.

2. Metodología: estrategia, procedimiento y sujetos de la investigación

Los datos que presentamos fueron obtenidos mediante grupos de discusión. Se formaron cuatro grupos homogéneos, tomando como única variable discriminadora (el criterio que les distinguía) la decisión de voto: PP, PSOE, IU-IV y abstención. El grupo de discusión busca reconstruir el discurso común a ciertos sujetos que comparten determinadas características, posiciones sociales o ideológicas (en nuestro caso: jóvenes, primer voto y opción electora²). En función de esos rasgos, un conjunto de individuos puede definirse como un grupo de votantes (p.e. jóvenes que votan por primera vez, y van a hacerlo por el PP). Pero no está claro que a cada grupo le

² Callejo define bien la lógica implícita en los grupos de discusión: “[...] el grupo de discusión *no es* un grupo de discusión: la agrupación es un horizonte de la práctica de investigación. Un horizonte que empieza a constituirse cuando los participantes se refieren a un «nosotros»” (2001: 21. Subrayado en el original). En las reuniones de grupo, “se dialoga, se conversa, se habla, se produce/reproduce un discurso” (2001: 23). Y ese discurso revela “aquello que está mediado por el nosotros, que tiene que mediar por el nosotros,[...],un nosotros que se construye procesualmente durante la reunión [de grupo]” (2001: 24).

corresponda un discurso, una determinada manera de entender y hablar de la realidad, su realidad.

El discurso grupal es una hipótesis. Las transcripciones de los grupos acabarán desvelando si existe o no, y en qué términos se expresa³. Ese ha sido nuestro propósito: provocar diálogos entre los jóvenes que iban a votar de forma diferente, y reconstruir sus respectivos discursos. La posibilidad de que acabasen aflorando exigía una estrategia dialógica, de conversación abierta a múltiples voces. De ahí que optásemos por el grupo de discusión, y no por agregar monólogos obtenidos, por ejemplo, mediante entrevistas en profundidad. Dado que sus valoraciones de la campaña electoral y del 11-M cobraron una dimensión colectiva, en la manifestación del 12-M y en las concentraciones del 13-M, el carácter grupal de estas conversaciones era imprescindible.

La investigación tenía el objetivo general de conocer la percepción de la campaña electoral por los primeros votantes. No obstante, nos concentramos en un sector específico: estudiantes universitarios y, en concreto, alumnos de las licenciaturas de Comunicación (Periodismo; Comunicación Audiovisual; y Publicidad y Relaciones Públicas). Era la población accesible, la posible, ya que no contábamos con más recursos que los propios. Pero esta restricción fue valorada también por sus implicaciones teóricas, y la consideramos apropiada para los propósitos de la investigación.

Parecía adecuado centrar la investigación en los jóvenes a los que suponíamos mayor implicación: individuos con opción de voto decidida y con suficientes elementos de juicio como para evaluar con cierto rigor (o conocimiento de causa, si se quiere) el papel de los medios. Así, hallamos discursos que consideramos, cuanto menos, sofisticados por su riqueza argumental. Pertenecen a un público juvenil atento que cuenta con herramientas heurísticas (de comprensión) para sostener opiniones fundadas. Quizá pueda discutirse su representatividad, pero en absoluto su significado y relevancia social. De hecho estos jóvenes eran el principal objetivo, (en el sentido de blanco, target), de la convocatoria del 13-M, el sector social más proclive a tomar parte en la desobediencia civil.

Para reclutar los cuatro grupos, se realizaron varias llamadas a los estudiantes de Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos (URJC). Tras una explicación

sucinta, se les animó a participar en el estudio, presentándolo como una oportunidad para que pudieran hacer oír sus opiniones acerca del desarrollo de la campaña. Se les ofreció un espacio de diálogo, con compañeros afines sobre las razones de su voto. Por supuesto, se les garantizó el anonimato, aclarando que no obtendrían gratificación alguna, ni pecuniaria, ni en créditos extracurriculares, ni en calificaciones académicas. Así formamos grupos voluntarios, a los que cabía suponer una motivación particular para colaborar. Como hemos argumentado esta implicación se consideraba un activo relevante para los objetivos de la investigación.

La primera reunión tuvo lugar el miércoles 10 de marzo de 2004 en un seminario del campus de Fuenlabrada de la URJC y, a lo largo de ese día, entre las diez de la mañana y las ocho de la tarde, se desarrollaron los encuentros. Las sesiones se grabaron en vídeo y con el compromiso explícito de no utilizarlo como material pedagógico mientras fuesen alumnos de la URJC. Procuramos establecer diálogos entre iguales (los jóvenes) con la menor distorsión del moderador. Por esta razón, los moderadores no eran profesores de ningún estudiante, y evitaron presidir la mesa redonda. Los grupos de esa primera reunión quedaron integrados como sigue: cuatro votantes del PP (dos mujeres y dos hombres); seis del PSOE (cuatro y dos); seis de IU-IV (cinco y uno); y cuatro abstencionistas (dos y dos). Conseguimos reunir, por tanto, a veinte jóvenes, trece mujeres (65%) y siete hombres (35%).

Celebradas ya las elecciones, el 18 de marzo, a una semana de los atentados, reunimos de nuevo a los mismos grupos. Queríamos conocer sus impresiones acerca del impacto del 11-M en su voto y en el vuelco político del 14-M. Estas segundas reuniones nos permitían intentar una estrategia –pensamos que casi inédita en España– de grupos de discusión tipo panel (formados por los mismos participantes). Las sesiones se realizaron en el mismo lugar y condiciones que las del día 10. Los grupos quedaron entonces constituidos del siguiente modo: tres en el grupo del PP (dos mujeres y un hombre); seis en el del PSOE (tres y tres); cinco en el de IU (cuatro y uno); y seis en el de los abstencionistas (tres y tres). En total, también 20 participantes, el 60% mujeres y el 40% hombres. De los 20 jóvenes que acudieron a la segunda convocatoria, 13 (el 65%) habían participado también en las reuniones del 10 de marzo, por lo que se alcanzó un grado de estabilidad bastante elevado dadas las circunstancias (urgencia, ausencia de compromiso, etc.). La distribución de quienes participaron en ambas reuniones quedó como sigue: uno en el grupo del PP; cinco en el del PSOE; cuatro en el de IU-IV; y tres en el de los abstencionistas.

Sumando las dos reuniones (10 y 18 de marzo), contamos con la participación de 27 jóvenes: seis votantes del PP; siete del PSOE; siete de IU; y siete abstencionistas. El 63%, mujeres; y el 37% hombres. Logramos, pues, un cierto equilibrio de voces ideológicas y una proporción entre sexos, que reproduce con bastante fidelidad su presencia en las titulaciones universitarias. Nos referiremos a ellos con las siguientes claves; por ejemplo, PP.10.M1 significa Mujer número 1, del grupo de votantes del PP reunido el 10 de marzo. AB.18.H3 significa Hombre número 3, del grupo de abstencionistas o voto en blanco reunidos el 18 de marzo.

Comenzamos presentando las valoraciones de los grupos respecto a la campaña electoral, que fue interrumpida por los atentados. Continuamos abordando los criterios de su voto. Y, finalmente, nos centramos en su evaluación del comportamiento de los partidos y los medios en las jornadas críticas que van del 11 al 14 de marzo. De forma secuencial presentamos los discursos de los votantes del PP, el PSOE, IU-IV y los abstencionistas o votos en blanco.

3. Políticos y periodistas en campaña

En este epígrafe veremos la impresión que tienen los jóvenes sobre cómo se desarrollan las campañas electorales, sobre los partidos y los candidatos, y por último, sobre el papel que jugaron los medios de comunicación, antes y después del 11-M. Ofrecemos los puntos comunes de todos los grupos y, después, sus diferencias

3.1. La campaña electoral

Caso todo los jóvenes asumen por unanimidad que “lo que a nosotros realmente nos afecta no se trata” y que el tratamiento de los temas de campaña es “interesado”, “superficial”, “no te aclaran nada, pura polí... es politiquero” (PP.10). Casi identificando política con politiquero, entienden que se prima el enfrentamiento, el descrédito del contrario; que hay una puesta en escena, incentivada por los medios (“salidas de tono”, “insultos”, “entrevistas pactadas”); y lo que les resulta a todos más denunciante: que las estrategias electorales de ataque y el partidismo de los medios generan campañas que no aportan soluciones ni razones que justifiquen el voto a favor de un partido determinado.

La campaña se percibe, en general, como una sucesión de meros enfrentamientos. Además, los medios sólo transmiten lo más espectacular: “La verdad,

[los medios] sólo nos sacan, pues eso, el combate de boxeo entre uno y otro, y el que haga K.O. es el que gana sin importar cómo ha sido” (PP.10.M1). Una cobertura periodística que otro participante resume: “Crónicas Marcianas a nivel nacional” (PP.10.H3).

Los jóvenes echan en falta que los políticos aporten soluciones con compromisos explícitos. Por ejemplo, en el tema de la vivienda, que era una preocupación generalizada, una votante del PSOE denuncia la vaguedad de las propuestas de su candidato y le interpela. “Sí, porque Zapatero dice que va ayudar a los jóvenes, pero es que tampoco dice nada más. Está bien que [los políticos] digan que me van a ayudar. ¡Pero si yo quiero saber cómo me vas a ayudar! Porque, a lo mejor, me dices luego: Pues mi ayuda consiste en... ¡Yo qué sé!, en...” (PSOE.10.M4). Hipótesis que otro compañero concreta: “¡En un millón y [la casa] te cuesta 30!” (PSOE.10.H6).

Las críticas aumentan de intensidad entre los votantes de IU-IV y los abstencionistas: “Es mucho más fácil meterte con el oponente que el prometer cosas y luego hacer como que lo cumples y tapar cosas” (IU-IV.10.M4). Se sugiere así que la falta de compromisos claros es una estrategia conveniente para los políticos, que una vez en el gobierno encubren sus promesas incumplidas. El enfrentamiento político genera “más de lo mismo” y, al final, desemboca en un desconocimiento generalizado; que, además, es algo intencional, para fomentar la pasividad ciudadana y, en consecuencia, la discrecionalidad de los políticos. Estos argumentos se desarrollaron en una cadena de intervenciones que desembocan en la denuncia de una comunicación electoral mentirosa: “[...] Es mejor atacar y punto. Y lo peor es que el oponente le sigue el juego.” (IU-IV.10.M5). “Yo creo que también a ellos les viene bien cuanto menos sepa la gente del tipo de política que se está haciendo. No ya de sus promesas, sino de la política, de las cosas que hacen... Cuanto menos sepa la gente de eso mejor” (IU-IV.10.M4). “Juegan con el desconocimiento general” (IU-IV.10.M1) “Los políticos son ellos, tú no tienes papel como ser político. O eres político o no eres político. Tú como ciudadano, tu ideología o las cosas que quieras cambiar no cuentan” (IU-IV.10.M4). “Yo creo que nos venden cosas que no son ciertas [...]” (IU-IV.10.M5).

En el grupo de abstencionistas surgieron categorizaciones de similar calado, pero más críticas y que dan cuenta de su mayor alienación del discurso electoral: “Sí, prometen, pero luego no hacen nada y la mayoría de las propuestas las dejan muy abiertas, para que cada uno la interprete como sea y luego, cuando llegan a gobernar, ya lo adecuan o lo arreglan como ellos quieren” (AB.10.M3). “Lo que más me preocupa es

que prometen y en realidad son todas propuestas populistas, que a todo el mundo le gusta oír. Pero que en realidad no van a ningún sitio” (AB.10.H3). La estrategia de “degradar al otro”, “buscar el punto débil del otro y machacar”, aumenta o favorece la abstención o el voto en blanco: “A mí que me den argumentos, no me convenzan [de qué candidato es peor]. Que me den argumentos para votarles, porque yo no voto por eso, o voto en blanco por eso [...]” (AB.10. M1).

3.2. Partidos y candidatos

En consecuencia con las declaraciones anteriores, la valoración de las formaciones políticas y sus candidaturas es bastante negativa. Les imputan que buscasen el conflicto con el contrincante, generando una espiral “inevitable” de enfrentamientos, que coparon la atención mediática. Les exigen una explicación serena de las propuestas y que planteen compromisos vinculantes. En buena lógica, cada grupo de votantes dirige críticas más ácidas al contrincante. Pero ocurre tras descalificaciones generales como las que hemos presentado y no evitan, como demuestra algún testimonio anterior, la crítica a la formación política preferida. De hecho, los políticos parecen formar parte de los problemas, en lugar de percibirseles como agentes de posibles soluciones.

Los votantes del PP creen que “el politiquero” explica el enfrentamiento nacionalista. El comentario surge al comparar “la postura del PNV” con “informes del Euskobarómetro”. Considerando (en este caso) la validez de los sondeos y haciendo una lectura particular de los mismos, un participante descubre que “Muchos votantes del PNV, no todos, pero muchos, no quieren la independencia. Muchos se sienten antes vascos que españoles, pero no están a favor [del plan Ibarretxe]. Pero la cúpula del PNV no representa eso, porque la cúpula lo que quiere es dar cobertura a ETA o HB” (PP.10.H2). La interferencia partidaria es denunciada también en las manifestaciones contra la guerra a las que la mayoría de los integrantes de este grupo admite haber acudido, al menos a las primeras convocatorias: “después se hicieron muy partidistas y se atacó mucho al PP” (PP.10.M1). “Me molestó mucho que se utilizaran las manifestaciones sólo para hacer propaganda. Porque eso era propaganda pura y dura [...] ¿Qué hay más bonito que vayamos todos diciendo, pues sí, estamos contra la guerra? ‘No a la guerra’. Pero cuando ves que todo es partidista y político, y que lo que

se está es en contra de todo, menos de la guerra, pues no me parece bien” (énfasis añadido, PP.10.H2)

Los votantes del PSOE culpaban de “electoralismo” a todos los políticos en el tema de la inmigración: “No hacen nada, porque les perjudica, porque estamos en un país racista y ya está” (PSOE.10.H6). “Por eso nadie dice nada de cómo va a solucionar lo de la Ley de Extranjería” (PSOE.10.M3). Las críticas generales dan paso a las encarnadas por el adversario electoral. Imputan al PP la responsabilidad del enfrentamiento con los nacionalistas por “réditos electorales”. Califican como “síndrome Carod” “la fijación” del PP que “[...] demoniza a los partidos nacionalistas. Porque ellos [el PP] también han pactado con los nacionalistas. Han pactado con el PNV y con CiU para gobernar. No entiendo por qué antes eran tan buenos y ahora son tan malos” (PSOE.10.H5). A lo que le contesta un participante: “Porque hacen lo que les interesa en cada momento” (PSOE.10.M1). De hecho, el argumento común sostiene que “el nacionalismo es más un problema político que un problema del pueblo” (énfasis añadido, PSOE.10. M4). Y a la responsabilidad del PP se suma la de “los nacionalismos”. Dicha responsabilidad no alcanza a los líderes socialistas que en campaña electoral se manifestaron contra el Gobierno Tripartito catalán. Y sorprende, como en el caso de los votantes del PP, que un “problema político” sea considerado como antónimo de un “problema del pueblo”.

Los votantes de IU-IV cuestionan de forma explícita el discurso “centralista”, “absolutista” y “criminalizador” de un PP que, según ellos empleó “la campaña del miedo”: “están consiguiendo que la gente entienda que los partidos nacionalistas son terroristas. [...]Yo puedo tener una opción de diálogo sin apoyar a ETA. Yo no entiendo porque si digo diálogo, porque si digo quiero el fin de ETA, ¿por qué tengo que estar a su lado?. ¿Por qué tienes que pensar que la única forma es mediante la ilegalización de un partido político? Que al final es un partido político que han votado ciertas personas, que está representando el pensamiento de ciertas personas” (IU-IV.10.M1). El principal problema parece residir en que “realmente, no tienes una alternativa. No han conseguido [sobre todo, el PSOE] hacer una oposición decente” (IU-IV.10.M2).

Esa izquierda [PSOE e IU-IV], además de criticar al PP, debiera “plantear la alternativa para que la gente se ilusione con un cambio, para que la gente vea que verdaderamente ellos tienen otras ideas. Es que sólo plantean que éstos [el PP] han hecho mal esto, han hecho mal lo otro... ¿Tú que hubieras hecho?” (IU-IV.10.M1). Argumentan que los partidos de izquierda debieran asumir los mensajes de su

electorado, “más crítico siempre que la derecha”. “Si tienes gente que se supone que va a votar a ti siendo crítica contigo, pues entonces escucha sus críticas. Haz algo, ¿sabes? Son críticas en todo momento constructivas, que yo sepa [...] Lo que le falta a los partidos de izquierda es el diálogo con la ciudadanía, bajo mi punto de vista, y darle más papel al ciudadano [...] estar más a pie de calle y con la gente [...]” (IU-IV.10.M4).

Los abstencionistas se quejan del bipartidismo que fomentan los medios: “Sólo salen en televisión el PP y el PSOE, y cuando sale cualquier otro partido, prácticamente la televisión se ríe de él” (AB.10.H2). Lo que conduce a “[...] un círculo vicioso. Porque hay gente que piensa no votar a éstos [el PP] porque no sirve para nada. Porque va a salir el PP o el PSOE. ¿Para qué voy a votar a éste si no va a salir? Entonces es un círculo vicioso. Entonces nadie vota.” (AB.10.M2) Una vez más, el nacionalismo es consecuencia del “electoralismo”, agravado por dos factores. Por una parte, las reclamaciones de algunas poblaciones periféricas “[...] encima se fomentan y [los partidos nacionalistas] tiran para conseguir más cosas. Pues ¿qué va a hacer un partido político? Pues decir lo que quieren oír, que es lo que mejor hacen” (AB.10.M1). Y, por otra parte, “todos los partidos últimamente utilizan la Constitución para tirársela a la cabeza unos a otros diciendo que ellos son los que están defendiendo la Constitución. Eso, al fin y al cabo, es muy peligroso” (AB.10.H2).

La mayoría de los abstencionistas se muestran críticos con el PP, pero lo reconocen como “el único partido serio, con un programa” y “el más consecuente”. La izquierda, en cambio, se presenta dividida, con tránsfugas, fisuras internas y sin ofrecer un programa ni una labor de oposición, que o bien es ineficaz o no saben visibilizar. Ante esa “falta de alternativas”, antes del 11-M optaban por el voto en blanco – en buena lógica, más cargado de tintes críticos - o la abstención – de raíz anarquista o fruto del escepticismo o la indiferencia. Las movilizaciones del día 13, como veremos, activarían sus predisposiciones hacia el voto de izquierdas y les determinaron a votar.

3.3. Medios de comunicación en campaña y tras los atentados

Todos los participantes imputan graves carencias a los medios españoles: “partidismo”, carencias de “neutralidad” e “independencia”, siempre ligados a los discursos del PP o del PSOE. Estas imputaciones, unánimes en la campaña electoral previa al 11-M (incluso entre consumidores habituales de algunos medios), se acentúan

por la imposibilidad de los jóvenes de formarse una idea cabal de la masacre atendiendo sólo a los medios españoles. El día 18 de marzo se percibía una decepción generalizada, aunque la valoración está sesgada por la preferencia de voto y los alineamientos políticos de los medios⁴. La crítica unánime se dirige a la “*TVE* del PP” y “de Urdaci”³ entre los votantes de la oposición; aún reconociendo que la “manipulación socialista” de *RTVE* fue similar (con gobiernos anteriores) o podría serlo (con el nuevo ejecutivo).

El relato periodístico se interpreta como una versión interesada de la campaña, con el punto de vista de un solo partido: PP o PSOE. Esto conlleva un consumo mediático, en principio, escéptico – toda información es interesada - y, en cualquier caso, plural. Todos los participantes defienden consumir medios distintos para tener “todas las versiones” y combinarlas o escoger una de ellas de forma “personal” y, por tanto, “libre”; entendiendo que así evitan la “manipulación”. Lo suscriben los votantes del PP o del PSOE, que elogian algunos medios concretos cercanos a sus posiciones. Los abstencionistas y los votantes de IU-IV, en cambio, no encuentran referente periodístico y suben el tono crítico. Un consumo plural e identificación los sesgos de cada medio son las únicas garantías para no ser “influidos” o “manipulados”, algo que creen que les ocurre a otros sectores de la audiencia.

Los jóvenes se aplican a sí mismos las teorías del consumidor soberano en un sistema pluralista de medios. En cambio, esgrimen las teorías de la manipulación elitista para el resto de la población (Sampedro, 2000, caps. 5 y 6). Según sus declaraciones, consultar diversos medios de comunicación les sirvió para reforzar sus preferencias de voto durante la campaña y les confirmaron sus sospechas sobre la autoría del 11-M. En los días siguientes, el recurso a los medios extranjeros – sobre todo, mediante Internet y entre votantes de la oposición – resultó clave para despejar las dudas sobre la responsabilidad de ETA.

Los votantes del PP reconocen el “partidismo” de *TVE* o de *La Razón*, pero consideran que “*El País* o la *Ser* son igual de partidistas”. En consecuencia, “hay que crearte tú tu propia neutralidad, saber lo que estás leyendo y sacar tus propias conclusiones. No tragar, sino recapacitar lo que lees” (PP.10.M1). Una queja generalizada en este grupo es que la “politización se extiende a los programas de entretenimiento”. Citan como ejemplos los coros de “No a la Guerra” en *Crónicas*

4

³ Alfredo Urdaci, director de los servicios informativos de *TVE* en el último periodo de gobierno del Partido Popular.

Marcianas (“que todos los días comienza con un comentario político contra el PP”) o el programa deportivo de la *Cadena SER* El Larguero (“que han llevado [al programa de radio] a Zapatero y a Llamazares [...] Yo quiero escuchar a Raúl, no quiero escuchar a Zapatero”). Aún admitiendo que sin los medios “no entenderíamos nada”, su efecto básico es que “[...] acaban saturando las campañas electorales, todo el día igual, y creo que es muy triste porque es el único momento en que importamos.” (PP.10.H2)

Los votantes del PP reunidos el día 18 se quejaban de que entre las noticias difundidas desde el 11-M habían “recibido mucha más información por la parte contraria que por la parte más afín a mí” (PP.18.M1). Por tanto, no reconocen, ni antes ni después la masacre, un control mediático favorable al PP. Dirigieron críticas a los medios que consideraban contrarios al Gobierno (y, por tanto, favorables al PSOE) y exculpaciones de *RTVE*: “*El País* en proceso pre-electoral, en campaña me ha sorprendido, porque incluso ha obviado datos importantes”. Y homologaban los intentos manipuladores de dos bloques político-mediáticos enfrentados.

“La manipulación de Televisión Española [...] es, bueno, vamos, patente. Yo creo que cualquier persona más o menos con un raciocinio se da cuenta. Pero es que ¿*El País* no lo hacía? Yo es que soy generación PP y todos somos generación PP, que es lo que hemos vivido. Yo no recuerdo qué es lo que hacía el PSOE, pero me extrañaría que no hubiese manipulado a Televisión Española.” (PP.18.M6) “No, lo hacía.” (PP.18.H5), le confirma un compañero. “Me parece que [*El País*] era el diario oficial de todos los organismos oficiales y todas las administraciones del Gobierno.” (PP.18.H5), exagera un tercer participante. Entienden, además, que tras la victoria del PSOE se “está haciendo una caza de brujas”, “ocultando información” y realizando una “condena moral” sobre el Gobierno del PP y sus votantes. Una situación de “acoso” que ya sentían en la campaña electoral en temas como la Guerra de Irak (“en cuanto no eres de los suyos, te acusan de fascista y de franquista”), generando un clima de enfrentamiento partidista que se traslada al campo social: “se está incentivando ese, ese odio, ese ambiente”. Los medios españoles se equiparan así con unos partidos que enfrentan a la población. Este grupo denuncia a los medios que esgrimen el discurso de “cuidado que viene la derecha”; es decir, la sospecha de las intenciones y formas antidemocráticas del PP.

Los votantes del PSOE mantienen un discurso opuesto avalado por los medios que criticaban los partidarios del PP (*La Cadena SER* y *El País*). Las críticas también se endurecen cuando se refieren a los medios españoles tras el 11-M, sobre todo a *TVE*.

Recuerdan la “desinformación” sobre Irak, el predominio de fuentes del PP que neutralizaban a las de la oposición con la “técnica del bocadillo”⁴, la sentencia que condenó a *TVE* por su información sobre la última huelga general o la confusión inducida sobre el 11-M. Le atribuyen, además, un enorme poder e influencia. Respecto a las cadenas privadas de televisión, destacan los elogios a *Telecinco*, compartidos incluso por los votantes del PP, aunque con matices, ya que alguno afirmaba que “cada vez se le nota más el tono anti-PP”. Los votantes del PSOE, en cambio, caracterizaban a *Antena 3* como “la cadena privada del gobierno”. Y, como en los votantes del PP, consideraron que los medios, en general, sirven para reafirmar el voto: “Yo no voy a comprar *La Razón*, evidentemente. Entonces a mí, lo que me cuente *El País*, pues va a ser... [quien gué mi voto]” (PSOE.18.M4)

“Tienes que ser tú el que contraste varios medios”. En buena lógica el grado de autonomía del voto “depende del número de medios que consultes”. La dificultad de esa tarea conduce a exigir que se celebren debates electorales; sobre todo, para motivar a los indecisos. Los debates en televisión debieran ser el momento de “las explicaciones y las propuestas claras”. Descartan que sean los periodistas quienes interpielen a los candidatos. Los jóvenes votantes del PSOE realizan dos propuestas concretas. En primer lugar, sugieren realizar programas televisivos de debate donde los candidatos “se enfrenten cada día, o en distintos días, con un representante de la sociedad. Por ejemplo con representantes de la asociación de mujeres maltratadas, de emigrantes, sindicatos...”. Y, en segundo lugar, “al margen del debate entre los candidatos” (PSOE.10.H6) y, en lugar de mítines, proponen reproducir el formato anterior (encuentros presenciales con ciudadanos y asociaciones) “cada seis meses, cada quince días, dando vueltas por España.” (PSOE.10.M3)

Tras el 11-M, la *Cadena SER* y *El País* guiaron a los votantes del PSOE, ayudándoles a “confirmar sospechas”. Conferían nula credibilidad al Gobierno y a “su televisión [*TVE*]”, cuya cobertura fue calificada de “lamentable”. También señalaron la “utilización” gubernamental de *Telemadrid* o la Agencia Efe. Por el contrario, *Telecinco* y *Canal +* son catalogados como medios que “investigaron por ellos mismos. Que no tragarón”. Aunque una mayoría señala que “No creo que tampoco hayan sido totalmente neutrales” y que “mucha gente tenía que ir informándose por páginas [de Internet] extranjeras”. Es decir, en ningún momento afirman que la *Cadena SER* o *El*

4 Se refieren a presentar las noticias de la oposición, precedidas y seguidas siempre por declaraciones del Gobierno.

País despejasen las dudas sobre ETA, sino que “confirmaron sospechas” que provenían del “sentido común” (“todo indicaba desde la tarde del día 11 que no podía ser ETA”).

Las NTIC de hecho, adelantaron y confirieron credibilidad a la tesis de un atentado islamista. Esa credibilidad provenía de las redes de confianza, a través de las que circulaban mensajes personalizados. Los propios jóvenes seleccionaron y difundieron mediante Internet y la telefonía (móvil o fija) las noticias más críticas con las fuentes oficiales. Cuando las sospechas ya eran fundadas, uno de los participantes declara: el mismo día de reflexión: “estaba en el Messenger, y estaba con una amiga hablando y me dice: “Mira, pon *Telecinco* rápido que dicen que lo confirman [la autoría prioritaria de Al Qaeda]” (PSOE.18.H7)

La imputaciones de partidismo de Prisa o *Telecinco* se responden argumentando que “por lo menos te daban dos opciones”, mientras que “la *TVE* de Urdaci” resultaba mucho más manipuladora de “la del PSOE”. De todos modos, creen *TVE* habría influido, sobre todo, a “los abueletes”; es decir, los sectores de mayor edad, sin excesiva formación y, en concreto, sin acceso a las NTIC. Resulta interesante que el grupo del PSOE señale que los medios “próximos” seguían dando dos opciones (sin despejar, por tanto, sus dudas), y entendiesen que esto generaba más pluralidad y no mayor confusión. Por otra parte, encontramos reseñable que también el enfrentamiento político – mediático que antes denunciaban. Dan por sentado el control de algunos medios privados y de todos los medios públicos por el Gobierno de turno. Entre los votantes del PP o del PSOE ese control se entiende como “vasallaje” de los medios contrarios a sus posiciones. Es decir, parecen aceptar (no son quejas, pero con pragmatismo) la polarización de una esfera pública bipartidista.

El grupo de jóvenes votantes de IU-IV acentúa las críticas argumentando que “no existe una oposición decente” debido a que “la izquierda no sabe llevar las relaciones públicas” y no cuenta con medios de comunicación para criticar al PP. “Todo el mundo sabe de qué pie cojea cada medio.” La queja ahora es la “polarización”: “desde unos medios a otros de alguna forma están polarizados, entre izquierda y derecha, partido tal, partido cual”. Como resultado, “la campaña electoral ha sido la campaña de la desinformación y la demagogia”. Por ejemplo, respecto a la inmigración “en lugar de facilitar el intercambio cultural lo que están haciendo es la segregación” (IU-IV.10.M1). El patrón de consumo más extendido es atender “la tele o el periódico que pille y luego me voy a Internet y busco”. Es decir, acceden con relativa indiferencia

a los medios nacionales más disponibles y, acto seguido, contrastan sus sesgos en Internet.

Respecto a la información difundida entre el 11 y el 14 de marzo, la denuncia de los medios nacionales resulta tajante: “Vamos, yo creo que si no llega a estar la prensa internacional, aquí no se entera nadie hasta ayer, porque te daban las dos opciones. Y estaban los medios de otros países dando incluso el comunicado de Al Qaeda. Pero aquí decían No, no, ese periódico de Londres [Al Quds, el primero que reivindicó la autoría islamista] no tiene ninguna credibilidad” (énfasis añadido, IU-IV.18.M6;). “Los medios españoles diciendo que era ETA y los internacionales diciendo que Al Qaeda. Desde casi las primeras horas de la mañana [del día 11] casi todos los medios internacionales se inclinaban a Al Qaeda, porque es que además había una serie de informes, no sé si los habéis leído, que hablaban de que habían encontrado en Internet unos textos que hablaban de eso, un ataque masivo en Madrid” (IU-IV.18.M1). Es decir, se critica que cuando ya existían pruebas irrefutables, toda la prensa nacional siguiese dando como posible y como primera opción la autoría etarra. Una tesis que, de forma incontestable, sostuvo radiotelevisión española y, con distinto énfasis, reprodujeron los medios privados hasta el día de la votación.

Las conversaciones de teléfono con conocidos en Euskadi o el extranjero (Alemania) confirman la creciente credibilidad de la comunicación interpersonal frente a la masiva. “Joer, también me llamaron amigos míos vascos, diciéndome que lo sentían mucho, que esperaban que no hubiera sido ETA. Y cuando salió Otegui, me descuadró un poco, porque ¿cuándo has visto tú a Otegui rechazar un atentado de ETA? Nunca. Entonces ahí ya me extrañó” (IU-IV.18.M1). “Me llamaron unos tíos que tengo en Alemania y, desde luego, los medios alemanes habían tomado las declaraciones de Otegui como si fuera un representante de ETA. En el sentido de que ellos ya descartaban a ETA” (IU-IV.18.H1). Las dudas, sin embargo, continuaban por el seguidismo de los periodistas españoles respecto a las fuentes oficiales: “Si no tienes una pequeña pista que te oriente a la otra posible línea de investigación, tú te lo terminas creyendo. Al fin y al cabo, él [ministro de Interior Ángel Acebes] sabe más que tú, eso está claro” (IU-IV.18.M1). Incluso entre los votantes más opuestos al PP, hizo mella la insistencia gubernamental en la autoría etarra, resultando inconcebible (al menos, al principio) que se ocultase información o que no la desvelasen los medios nacionales percibidos como más hostiles al Gobierno.

El grupo de abstencionistas declaraba que en la campaña “no encontramos una representación de izquierdas: el PSOE acercándose al PP. E IU-IV, que se dedica a proponer cosas marginales, que quizá sean muy progresistas pero no son nada reales” (AB.10.H2). Por tanto, a los dos primeros partidos, considerados casi idénticos, se suma una “IU-IV que no tiene programa político [...] mientras que el PP [...] es el único partido serio, que sabe a lo que está jugando” (AB.10.M3). Echan en falta “más propuestas”, “más soluciones”, “más a la izquierda”. Porque “cuando vas a buscar un programa, lo único que aparece es la cara de Zapatero” (AB.10.M2). “ZP”, concreta un segundo participante (AB.10.H3). “Zonas en peligro”, bromea un tercero (AB.10.H3). El escepticismo respecto a las opciones electorales en liza se acentúa respecto a las informaciones vertidas sobre los atentados y las movilizaciones de los días 12 y 13. Volveremos a este punto, pero no sin antes perfilar la naturaleza y razones del primer voto.

4. Voto instrumental y de castigo

Con alguna excepción individual, todos los participantes identificaron su sufragio como “pragmático” y de “castigo”. Como hemos visto, creen que los políticos y los periodistas gestionan un debate superficial, una puesta en escena no del todo fiable, basada en intereses no del todo confesables, y ajenos al bien colectivo. Por otra parte, no confieren demasiada validez a los ejes ideológicos de izquierda y derecha, con la excepción de algunos partidarios del PSOE, IU-IV o abstencionistas. En este contexto, el voto ideológico no encuentra sustento y, en su lugar conciben las elecciones como el momento para sancionar o echar del poder “a quien lo haga mal”.

Casi todos los participantes no votaron por su opción preferida, sino por “lo menos malo”. Se reservan, (sobre todo, los votantes del PP o del PSOE), la opción de mudar de voto en la próxima convocatoria. La inmensa mayoría anticipaba una victoria del PP. Coincidían en percibir una mayoría abstencionista de izquierdas. Resulta también unánime el rechazo a las mayorías absolutas y hay un consenso de que el triunfo del PSOE fue una consecuencia imprevista del 11-M; pero, no tanto de la masacre en sí, sino de la política informativa del Gobierno.

“Hay más gente de izquierda en España, pero no ganan porque no votan, porque no se sienten representados por un partido” (PP.10.H3). El voto “utilitario” se contraponen al “ideológico”; creen que este último puede tener importancia, pero en

sectores más adultos; y, en su caso, es rebasado por el voto de castigo: “Yo creo que sólo se cambia de voto cuando el partido que te representa, más o menos, lo ha hecho fatal, fatal, fatal”(PP.10.H2). “No es un voto ideológico, porque yo creo que está pasando más a ser un voto utilitario [...] Ahora voto por la derecha porque lo está haciendo bien [...] También porque la alternativa que te ofrecían pues no, noo, nooo” (PP.10.M1).

Tras el 11-M, los votantes del PP se replantearon “bastante” su voto, aunque mantuvieron su opción: “Yo iba a votar al PP, pensaba que eran los mejores. Más que los mejores, los menos malos [...] Y no cambié mi voto porque me sentía un poco... primero, como dándole la razón a los terroristas, como una actitud cobarde” (PP.18.H5). Otra participante señala que votó por el PP atribuyendo las culpas de lo sucedido a Aznar, que ya no se presentaba como candidato. La imputación de un voto “emotivo”, se dirige a quienes han votado como “castigo al PP”, “con ira, con rabia, con dolor”, vinculando los atentados a la participación en el conflicto iraquí. La situación post-electoral la perciben como de acoso: “me parece muy bien un voto de castigo político, pero no se puede hacer un castigo moral” (PP.18.M1), refiriéndose a los “insultos” de “fascistas” o “asesinos” que habían recibido esos días entre sus compañeros o al calificativo de “dictadura”, referido al último gobierno del PP. Además de defender que el Gobierno “hizo lo que pudo, porque creía que era lo mejor”, recuerdan que “muchos de los votantes del PP votamos PP porque lo que vemos enfrente no nos dice nada. [...] A mí lo que me da pena es que en este país las elecciones no se ganan. Se pierden. Las tiene que perder el partido que está en el poder” (PP.18.H5).

Los votantes del PSOE confiaban, antes del 11-M, en una gran participación, motivada por el rechazo a las políticas del PP, tal como desvela esta conversación: “Ahora es, o con el PP o en contra del PP” (PSOE.10. M4). “Claro, claro, yo no voto al PSOE porque me encante” (PSOE.10.M1). “Claro, claro” (M4). “Para no dar votos a otro partido” (PSOE.10.M3). De hecho, sin provocar escándalo o controversia, sino adhesiones, varios participantes señalan la naturaleza mudable de su voto: “En las municipales yo voté al PP en Móstoles, porque [el PSOE] lo estaba haciendo mal. [...] Ahora voté al PSOE, más por lo mal que lo estaba haciendo el PP, que por lo que me ha prometido el PSOE. Porque no me creo a ninguno, pero tenemos la posibilidad de elegir [...] Si dentro de cuatro años lo hace mal el PSOE, pues votaremos al PP” (PSOE.18.H7). “El ciudadano no debe votar al partido como partido, sino que debe votar sus intereses [...] Lo suyo es que tú votes a quien... o sea, que tú castigues en el

momento que debes hacerlo. [...] A lo mejor yo dentro de cuatro años, pues te digo: no, mira, he cambiado mi pensamiento, con el PSOE se nos dio fatal, y tengo que votar al PP” (PSOE.18.M1). “Yo también soy de izquierdas, pero en realidad votaré al que más me convenga” (PSOE.18.H7). Estas declaraciones aumentan la sensación de provisionalidad del triunfo socialdemócrata. “Pues no sé si votaré [en las próximas elecciones] a IU-IV o al PP o a qué. Pero tendremos que cambiar” (PSOE.18.M5). “Eso [el cambio de voto] es algo típico de los jóvenes. La gente mayor es más reacia a cambiar” (PSOE.18.M7).

La trascendencia de los atentados en la movilización de los abstencionistas y del voto útil de IU-IV hacia el PSOE se reconoce por todos, con un tono de tristeza: “Me fastidia muchísimo que haya tenido que pasar esto, que haya tenido que morir tanta gente para que se den cuenta de que estábamos metidos en una guerra y que nos podía pasar esto” (PSOE.18.M4). No creen que el voto del 14 de marzo fuese el “voto del miedo”: “fue más odio, más que miedo”, “fue más aprensión que otra cosa”, “impotencia”, “rabia”, sin los cuales se habrían cumplido las “encuestas de incluso el día después de los atentados, y que le daban mayoría absoluta al PP. ¡El día después de los atentados” (PSOE.18.H5). Alcanzan cierto consenso calificando el voto del 14 como “de castigo”, con el detonante de los atentados y su vinculación con la ocupación de Irak. Y califican sarcásticamente de “premonición” la declaración de que Zapatero “ya sabía que iban a ganar las elecciones”.

Los votantes de IU-IV también esgrimen los argumentos del “voto útil” y se alegran de que el PSOE no hubiese alcanzado la mayoría absoluta. Invierten la tesis del “voto del miedo”: “Yo creo un poco que se votó con miedo, miedo al PP. Yo creo que ha sido eso” (IU-IV.18. M2). Este argumento parecía haber borrado las fuertes dudas sobre la candidatura que apoyaban unos días antes: “Yo voy a votar a IU-IV, pero voy a votar vomitando. O sea que no me representan para nada. Y voy a votar para que no salga el PP y para que no haya mayoría absoluta” (IU-IV.10.M4). Igual razonamiento hicieron los cuatro abstencionistas, que el día 18, reconocieron haber votado a partes iguales por el PSOE e IU-IV.

Dada la “imposibilidad” de que ambos partidos hubiesen planteado un pacto de gobierno, los abstencionistas olvidaron las incoherencias o la escasa credibilidad de las “alternativas” al PP. Dudaban de la promesa de retirada de tropas de Irak o de que el PSOE hubiese tenido un comportamiento diferente al PP en el caso del Prestige. Pero tras los atentados y, sobre todo, lo que percibieron como una campaña de

“desinformación y manipulación” decidieron votar: “Al final voté al PSOE, más que nada por castigar” (AB.18, M3). “Voté [a IU-IV] porque me parecía urgente. Me parecía una situación de emergencia quitar al PP del poder. No voté al PSOE, voté a IU-IV. En este caso porque tampoco quería que hubiese una mayoría absoluta del PSOE” (AB.18.M4). Otro votante de última hora de IU-IV menciona “un cúmulo de crisis que al final te hacen votar” en referencia a una saga que arrancaría en el Prestige, continuaría con el Yak 42 y habría tenido su clímax el 13-M. Mientras que otro reconoce: “Me costó a mí votar al PSOE. Me costó” (AB.18.M1). Secundado por su compañera: “A mí también. Bueno es más, cuando salió Zapatero en televisión [el día 14 como vencedor] dije: ¡Dios mío, lo que he hecho! Pero luego dije: No, está bien” (AB.18.M3).

El 13-M parece haber sido decisivo para los abstencionistas que participaron en las concentraciones: “Cuando vine de la sede del PP de Guadalajara, porque yo estaba allí, cuando vine de allí dije: Voy a votar para echarles” (AB.18. H2). Otra participante recuerda habérselo planteado hasta el último momento “Llegué a las tantas de [la calle] Génova, y yo hasta el domingo por la tarde, no me decidí. Yo voté a las 19:30 de la tarde... me lo estaba planteando. Leí libros de historia incluso y, al final, me sentí mal: Sí. Prostituida es la palabra. Sí, me sentí vendida” (AB.18.M4). Estas declaraciones son compartidas por el grupo, que acabó votando “contra el PP” por “indignación”: “Lo estáis haciendo mal desde hace cuatro años, pero esto ya es el colmo” (AB.18.M4). “Si Aznar no nos hubiera llevado a la guerra, esas 200 personas estarían vivas y yo no quiero más” (AB.18.M3).

En resumen, la victoria socialista del 14 marzo se atribuye a la movilización de los abstencionistas de izquierdas y al voto útil procedente de IU-IV, reconociéndolo así, de forma expresa, los grupos de discusión de esos sectores. La decisión final de un “voto de castigo” se derivó de un proceso de debate social autónomo que cuestionaba los discursos imperantes. Pero resulta sorprendente constatar que todos los grupos de discusión reunidos el 18 de marzo mantenían o, al menos, sopesaban la implicación de ETA en los atentados, aunque tiene más implantación entre los votantes del PP. Sin embargo todos los grupos participantes sostienen en que la política informativa del PP fue el detonante del resultado electoral, más que los atentados en sí mismos.

Los votantes de la oposición, aún reconociendo la vinculación del atentado con la presencia de tropas en Irak, admiten que votaron sin saber la certeza (aunque con muchas sospechas) la autoría del terrorismo islamista. Pero que reaccionaron ante la

manipulación: “Yo voté porque de alguna forma era como darle un bofetón en la cara al PP, en la cara [...] Y más ahora, con la reacción que están teniendo después de esto [tras las elecciones]. La rabia. Patada en el culo al PP” (AB.18.H2). “Pues sí. Imagínate que gana el PP y sale un señor en la tele que sabes que está mintiendo y no puedes hacer nada. No puedes conocer la verdad. Sería horrible” (AB.18.M3). Estas últimas declaraciones de abstencionistas que, a última hora decidieron votar por candidaturas de izquierda, sustentan el recelo ante unos partidos y unos medios que no cumplieron bien sus funciones durante los tres días previos a los comicios.

5. Los atentados, la manifestación institucional del día 12 y el 13-M

En las páginas que siguen repasaremos los juicios sobre la manifestación del día 12, la desobediencia de la jornada de reflexión y la estrategia informativa del Gobierno y de la oposición. Constataremos los jalones de un proceso cognitivo y de deliberación colectivos, que se nutrió de rumores internos e informaciones exteriores. Gracias a Internet, nuevos elementos de reflexión, escaparon al control del estado y denunciaban el partidismo y la dependencia gubernamental del periodismo español. Las informaciones contrarias a la versión oficial (la autoría de ETA en solitario o en connivencia con Al Qaeda), cobraron credibilidad entre los sectores contrarios al PP. Se expandieron las redes de confianza establecidas mediante telefonía, SMS (mensajes de texto a móviles) y contactos telemáticos (asistidos por ordenador). Finalmente, el día 13 el debate se transformó en movilización social, clave para que los afines a IU-IV y los abstencionistas, decidieran votar a última hora. Repasamos esta acelerada cronología según las opciones electorales.

5.1. Votantes del PP

Todos los participantes reconocieron que su primera reacción fue admitir la responsabilidad etarra del 11-M. Excepto entre los votantes del PP, las sospechas fueron cobrando cuerpo. Todos señalan una actitud gubernamental “errónea” (en el grupo del PP), “desinformadora” y “manipuladora” (para los votantes del PSOE o IU-IV), “nefasta, nefasta, como siempre” (para los abstencionistas). Los votantes del PP invierten la acusación y denuncian la manipulación de los medios cercanos al PSOE y la equiparan, como ya señalamos, a la de *RTVE*. Todos acudieron a la manifestación del

día 12 y a pesar de algunas dudas acusaron a ETA y al nacionalismo vasco: “Yo estuve en la manifestación y di gritos contra ETA, contra Otegui, contra Arzallus y contra toda esa gente” (PP.18.H5).

Los partidarios del Gobierno subrayan que “por ejemplo, salió Ibarretxe a pedir disculpas, por así decirlo, y nadie ha dicho nada de que fuese él el primero [...] mientras que a Acebes se le ha crucificado” (PP.18.M1). Al homologar los errores de toda la clase política, la gestión gubernamental queda atenuada, como antes había ocurrido al equiparar los medios públicos y los privados “hostiles” al PP. La coexistencia de las dos versiones sobre la responsabilidad del 11-M, antes y después de las elecciones, confiere credibilidad a la teoría de la conspiración: “Sigo pensando que ETA ha tenido que colaborar [...] Sigo pensando que hay una..., que ha habido una participación. ¿Qué se demuestre o no? Pues habrá que ver si, tanto que han dicho de ocultación de información, si no hacen lo mismo. Yo temo que no se llegue a descubrir toda la verdad. Simplemente espero que se aclare lo sucedido” (PP.18.M6).

La reacción del PP se considera fruto de la presión, las filtraciones y las ansias de la oposición por buscar culpables, con el “olvido” consiguiente de “las víctimas”. Los participantes cuestionaron a quienes, por una parte, creyeron los desmentidos de ETA y, por otra, afirmaban que el Gobierno mentía. “No han mentado, pero sí han insistido. Han hecho una insistencia bestial en que haya sido ETA. [...] Cuando no era ETA y sabían ellos que no era ETA. Eso es lo que a la gente, yo creo, le ha molestado” (PP.18.H5). La insistencia se debería a partes iguales a que “estaban interesados en que fuese ETA” y a que “estaban seguros”. Las reacciones recomendadas, oscilan entre “decir la verdad y asumir las consecuencias” y “no mentir a medias y callar”, afirmando, (como ejemplo de excusa) “que las investigaciones están muy verdes”. Al final, el grupo se decantó porque “tenían que haber dicho la verdad desde el principio”, ya que, en su opinión, existían “filtraciones interesadas” desde la tarde del día 11.

Aunque parezca paradójico, el grupo del PP no condena las concentraciones del día 13 ante las sedes del PP. Pero sí critica la instrumentación partidista que, creen, se hizo de ellas. Realizan una valoración semejante de las manifestaciones contra la guerra. “Yo creo que el ciudadano, y más en una democracia, tiene derecho a decir lo que le dé la gana de lo que dé la gana. Y si quiere reunirse con tres mil personas más que piensen lo mismo, pues me parece perfecto. Me preocupa una organización en contra, a raíz de unas elecciones y con un atentado con doscientas víctimas [...] El día de reflexión los que no pueden hablar son los políticos, el ciudadano puede decir lo que quiera el día que

quiera” (PP.18.M1). Aunque todos sospechan la organización partidista de las convocatorias, la reacción de Mariano Rajoy, el candidato presidencial del PP, también es rechazada: “Aún habiendo sido ilegal esa manifestación creo que Rajoy no debiera haberlo dicho. Porque de la manera que lo plantearon los medios, sonaba como dictatorial” (PP.18.M6).

Las concentraciones estaban “organizadas bajo trapo”, aunque no se puedan imputar a ningún partido en concreto. Se niega su “carácter espontáneo”, pero al mismo tiempo se admite su legitimidad: “me parece genial que esa gente se manifieste. ¿Qué es eso de una manifestación ilegal?” (PP.18.H5). La unidad del electorado se logró, en cambio, el día 12: “La gente en la manifestación gritaba: todos unidos, a por ellos, contra ellos... La gente tenía ganas de acabar con ellos, de luchar contra eso, de acabar de una vez por todas contra todo, de todos juntos” (énfasis añadido, PP.18.H5) Frente a esa unidad antiterrorista habría surgido el oportunismo electoral, con el consiguiente olvido de las víctimas. La actitud errónea del Gobierno ante las protestas y su deficiente gestión informativa agravarían los resultados electorales. Nótese, sin embargo, que la última cita refleja a la perfección el clima de opinión con el que se convocó la manifestación institucional: el frentismo antiterrorista que, según estos participantes, por desgracia, derivó en disputa por los réditos electorales y desconsideración con las víctimas. Eran los argumentos básicos del discurso mantenido hasta el día 12 por la tarde por las principales fuerzas políticas y mediáticas.

5.2. Votantes del PSOE

A medida que recorremos en el espectro ideológico hasta la izquierda, percibimos críticas más agrupadas. Los votantes socialistas también censuran a la gente que “el mismo día del atentado decía: esto es por culpa del PP. A ver, primero preocúpate de las víctimas” (PSOE.18.H7). En consecuencia, la mayoría acudió a la manifestación del 12 y ninguno de ellos participó en las convocatorias del 13. Atribuyen el giro electoral al voto de castigo, “más que contra el Gobierno, contra la gestión de Aznar. Y no les han querido pasar la última, porque esta última [manipulación] ha sido fascista” (PSOE.18.H5). Todos pensaron o “querían pensar” que había sido ETA. Como en los votantes del PP, resuena el eco de la pérdida de Al Andalus como razón de fondo del atentado integrista. En el grupo del PP se afirmaba que “para los musulmanes la Reconquista que hizo España es en su historia lo que más les ha dolido. Sacarles de aquí

de mala manera es lo que más les ha dolido y nos la tienen jurada pues desde hace mucho, demasiado tiempo”. (PP.18.M1) Uno de los votantes del PSOE señalaba como indicio racional de la autoría de Al Qaeda que la cinta con versos islámicos fuese encontrada en Alcalá de Henares⁵: “antiguamente Alcalá era donde vivían todos los moros, toda la población musulmana de Madrid [...] dicen que podría ser una señal o algo” (PSOE.18.M4). Lo que demuestra la vigencia del enfrentamiento de civilizaciones entre los votantes de las dos formaciones mayoritarias.

La labor de ocultación del Gobierno se tacha de “cobarde” y refleja que “su propio interés está por encima de todo” (PSOE.18.H7). “El objetivo era ganar el domingo, lo demás les daba igual” (PSOE.18.M3). Las respuestas del ministro del Interior, Ángel Acebes, ante quienes cuestionaban su versión, son calificadas de “borderías y desprecio”, aunque hay participantes que le disculpan argumentando que “lo haría por cuestiones de seguridad”. La manifestación del 12-M es elogiada y los participantes se dividen a partes iguales sobre que se convocase “por la Constitución”. Mientras unos señalan que “no venía a cuento” o que “era como ganas de ir contra algún grupo político español”, otros creen que “estuvo bien poner lo de la Constitución”⁶.

Como señalamos, los votantes socialistas reconocieron que necesitaron acudir a los medios extranjeros para conocer “la verdad” e incluso cuestionan la “neutralidad” de sus medios más próximos (*Telecinco*, *Canal +*, *El País* y la *Cadena SER*). Confiere cierta credibilidad o el beneficio de la duda a la implicación de ETA: “El otro día *El Mundo*, no sé, estuvimos leyendo en la cafetería que parece ser que podría ser que las armas se las hubiese proporcionado ETA” (PSOE.18.M1). Con lo que atribuyen, aunque sea para discutir las, cierta validez a las versiones conspiratorias. Porque no excluyen intereses espúreos, ni siquiera en los medios que consideran más afines. “También puede ser que *El País* o la *Cadena SER*, pues que sí, que hayan sostenido que era Al Qaeda por sus intereses”. Es decir, la polarización y el partidismo de la prensa española les hacen desconfiar incluso del periódico y la radio afines. Como ya hemos señalado, la diferencia, a su favor y en contra de *TVE*, estriba en que “por lo menos ya te daban la versión del Gobierno y de Al Qaeda. No como en la primera [cadena de *TVE*], que sólo veías a ETA” (PSOE.18.M4).

⁵ Se refiere a la cinta que, con todos los indicios de ser una reivindicación yihadista, fue encontrada en una furgoneta que también contenía detonadores idénticos a los que hicieron explotar los trenes.

⁶ Referencia al lema oficial, que figuraba en la pancarta de la cabecera: “Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo”.

A diferencia de los votantes del PP, los del PSOE afirman con rotundidad el carácter no partidista de las concentraciones del 13-M. Asumen sin ambages que existe capacidad de movilización social más allá de los partidos, y más izquierda que la que representa el PSOE: “Que había gente del PSOE, pues evidentemente que sí, como gente de izquierdas. Pero no fueron orquestadas desde la sede del PSOE” (PSOE.18.M3). La orquestación partidista del 13-M, sostenida por la propia dirección del PP (la intervención de Mariano Rajoy), es rechazada por irresponsable, incluso desleal para con su principal competidor: “Yo no sé si fueron orquestadas o no. Pero si alguien dice que fueron orquestadas lo tiene que demostrar, porque decirlo así...” (énfasis añadido, PSOE.18.H5). La acusación fue percibida como un ladrillo más en el muro de confusión informativa que, según estos jóvenes, levantó el Gobierno en aquellas jornadas.

Frente a las tesis conspirativas, los votantes del PSOE definen como protesta política legítima el 13-M. La gente salió a la calle “para protestar contra el Gobierno, fundamentalmente” (PSOE.18.H6). La gestión informativa gubernamental (tachada de “confusión”, “ocultamiento” o “abierta manipulación”) fue creando en algunos sectores un clima de rechazo cívico, que ya se percibía en la manifestación institucional: “[...] la gente estaba muy conmocionada, porque el viernes [12-M], cuando la manifestación [...] había mucha gente que quería saber la verdad, quería saber qué es lo que había pasado. [...] la gente decía: ‘Antes de votar, queremos la verdad’. A mí, que se hubieran manifestado frente a la sede del PP a decir que ellos querían saber la verdad, pues me parece estupendo [...]” (PSOE.18.M4). Se acepta, por tanto, la continuidad entre la disidencia expresada el día 12 y el 13-M, asegurando que surgió de un público que reclamaba toda la información disponible sobre lo sucedido antes de acudir a las urnas, y entendía que le estaba siendo escamoteada. Esa crisis de confianza fue suficiente para espolear las concentraciones, sin batutas al frente de la orquesta.

Afirmar la legitimidad y la autonomía de las movilizaciones no es óbice, en cambio, para que los votantes del PSOE las vivieran con una incomodidad. Critican, de forma abierta, su pertinencia. Como ya apuntamos, ninguno de los reunidos el 18 de marzo participó en las protestas. Al margen de razones fácticas (desconocimiento de la convocatoria, por ejemplo), se invoca el respeto a los rituales institucionales (“en la jornada de reflexión, tampoco creo que fuese lo más adecuado” PSOE.18.H5) o se desdeña como mera reacción de una masa conmocionada (“la gente se deja llevar” [PSOE.18.M3]). Pero reparemos en el siguiente juicio: “No, perdona, como estamos en

democracia lo que hay que resolver es que esa gente, si se quiere movilizar, que se movilice” (PSOE.18-M: M1). Asume con energía lo legítimo de la acción (“si se quiere movilizar, que se movilice”), pero también un cierto distanciamiento hacia el sujeto que la protagoniza (“esa gente”). ¿Por qué razón?

De entrada, se apela al juego limpio y la lealtad entre partidos, invocando la responsabilidad institucional. Los jóvenes ciudadanos reclaman un debate político sereno, sin excesos: “[...] me parece muy bien que hayan hecho las manifestaciones y que cada uno haga lo que quiera. Pero yo no hubiese ido ahí a llamarlos asesinos. Porque aunque yo no esté de acuerdo con la guerra, ni con el atentado ni nada, está claro que ellos [el PP, el Gobierno] directamente no mataron a nadie. Y es un poco fuerte acusar a alguien de asesino” (PSOE.18.M1); “[...] lo de llamarlos asesinos, a lo mejor sí que estaba un poco fuera de lugar, porque...” (PSOE.18.M4). Acaban reprobando las movilizaciones del 13-M por su oportunismo. Piensan que, junto a la denuncia de la información gubernamental, la causa de las protestas fue el rechazo a la implicación española en Irak. Pero “si todo hubiese salido bien [en la guerra] estarían dándose golpes en el pecho [...], todos estaríamos muy contentos” (PSOE.18.M3). La réplica acaba esgrimiendo en una tesis similar: “No, no es así. Yo estoy contra la guerra. Lo que pasa es que la gente se mira cuando lo tiene en su propia casa. El mal de los demás no les duele. [...] solamente castiga cuando le pasa algo bien duro” (PSOE.18.M1). “Como esto [el 11-M]”, concluyen.

Juicio duro, en definitiva, sobre unas movilizaciones vistas como legítimas, pero reprobadas por ventajistas: hubo motivo, pero también un aprovechamiento espúreo de las circunstancias (el fracaso de la guerra de Irak, la conmoción de una masacre entre nosotros). Parecen decir que, en efecto, hay izquierda más allá de la nuestra, pero que en ese más allá habita el exceso y el fariseísmo.

5.3. Votantes de IU-IV

Entre los votantes de IU-IV, la autoría etarra fue verosímil hasta que a última hora del 11 de marzo se conocieron los primeros resultados policiales: “[...] y luego, ya cuando por la noche dijeron lo de la furgoneta –que la habían encontrado a las doce, aunque hasta las ocho no informaron de ella–, y cuando dijeron lo del Corán, dije: ¡huy, qué raro!” (IU-IV.18.M1). Resulta significativo que no fuese una reacción de sorpresa ante algo inesperado, sino más bien la confirmación de una sospecha barruntada desde

el primer momento. En las jornadas siguientes se acentuó entre ellos el rechazo al Gobierno, pero también a los grandes medios de comunicación (prensa y televisión).

Sin datos con los que formar una opinión sólida (la sola noticia de las explosiones: cuántas, dónde, víctimas), iniciaron una reflexión autónoma sobre la autoría del atentado, porque “había detalles [...] que no te cuadraban” (IU-IV.18.M6). Así, su envergadura: “[...] cuando dijeron por la tarde que lo que pretendían era liquidar Atocha, ya eso me recordaba a las Torres Gemelas [...], hacer un destrozo que no era normal en ETA” (IU-IV.18.M6); “Yo, la verdad, es que cuando vi las imágenes lo primero que pensé fue: me parece muy grande para ETA” (IU-IV.18.M1). O el procedimiento: “¿cómo es que no te avisan?” (IU-IV.18.M6); y se apela a la experiencia: el atentado de Hipercor, “ya [ETA] lo avisó también” (IU-IV.18.H1). También el objetivo del ataque: “ETA va por unas líneas [ideológicas] de socialismo y no tiene coherencia atentar contra barrios pobres” (IU-IV.18.M1). Y las primeras reacciones políticas: “¿cuando has visto tú a Otegi rechazar un atentado de ETA?” (IU-IV.18.M1). Como decíamos, estos jóvenes recurren a la experiencia y saberes propios de un ciudadano informado y, desde la mañana del 11-M, comienzan a dudar: “Son muchas cosas que no te encajan” (IU-IV.18.M6)⁷.

Dudaban; pero en un ambiente informativo comandado por el Gobierno: “Acebes, a las cuatro de la tarde, seguía diciendo que cualquiera que dijera que no había sido ETA era un miserable” (IU-IV.18.H1); “Y la señora Ana Palacios decía que había sido ETA, y que todos los embajadores tenían que decir que había sido ETA” (IU-IV.18.M1). A mediodía, los grandes diarios sacaban ediciones especiales confirmando las posiciones del Gobierno (“los medios españoles diciendo que era ETA, y los internacionales diciendo que Al Qaeda” IU-IV.18.M3). Y las televisiones insistían en esa versión, encabezadas por la emisora pública (“De hecho, después de las detenciones [...] seguía saliendo Urdaci diciendo la supuesta implicación de ETA” IU-IV.18.M1). Ni para el Gobierno, la oposición parlamentaria, ni los medios parecían existir las dudas (y después las evidencias) que los votantes de IU-IV fueron detectando por su cuenta: a aquéllos, todo parecía cuadrarles. El resultado fue el desconcierto: “Es que es ETA, es

⁷ Todos y cada uno de estos argumentos, excepto el desmentido de la autoría de ETA y la condena del atentado de Arnaldo Otegui, fueron esgrimidos por J. L. Rodríguez Zapatero en la comparecencia de la Comisión de los atentados del 11-M. Las tesis, sin embargo, no se hicieron públicas y no fueron publicadas hasta el 13 y 14 de diciembre de 2004; es decir, nueve meses después de los atentados. Véase *El País*, 15 de diciembre de 2004, p.20

ETA; y bueno, ya al final cabía una pequeña duda: a lo mejor ha sido [ETA]” (IU-IV.18.M1).

La confusión comenzó a disiparse con los primeros datos contrastados (la furgoneta, el ejemplar del Corán): ahora todo comenzaba a encajar. Y no sólo la responsabilidad de los atentados; también el bloqueo al que habían estado sometidos. A los medios de comunicación se les castiga simbólicamente con la retirada del único activo con el que cuentan, la confianza del público: “Yo creo que si no llega a estar la prensa internacional, aquí no se enteraría nadie hasta ayer [...]” (IU-IV.18.M6) La actitud del Gobierno se tacha de manipuladora; y, de forma más reflexiva, la encuadran en una estrategia que no vacilaba en intentar réditos inmediatos: “[...] la campaña [electoral] del PP ha ido orientada a decir: nosotros somos los salvadores de España en contra del terrorismo” (IU-IV.18.M1). Y desde esa explicación afirman que: “El Gobierno pensaba que era ETA y se frotaba las manos” (IU-IV.18.H1); “Es que le venía muy bien que fuera ETA, muy bien” (IU-IV.18.M1). En consecuencia, el viernes 12 acudieron a la manifestación convocada por el Gobierno, conscientes de que “en esa llamada ya había una pequeña manipulación. [...] hacéis [el Gobierno] una manifestación con un lema [”Por la Constitución”] que para mí era una verdadera vergüenza, y que yo creo que la oposición no puso problemas por no crispar más la situación” (IU-IV.18.M1).

En ese clima que, para los votantes de IU-IV, fluctuaba entre confuso y manipulado, sucedieron las movilizaciones del 13-M, unánimemente consideradas como espontáneas. Espontáneas en un doble sentido: desvinculadas de directrices partidistas, desde luego; pero también sin premeditación: una especie de reacción natural, franca, digna ante el bloqueo intolerable de la esfera pública. Lo apunta certeramente una joven que salió a la calle el 13-M: “Pero yo creo que más que un efecto político fue lo que tú decías antes: es que te sale y ya está, que no piensas que va a tener una repercusión política. Yo sigo dando por saco, porque estoy en contra. Yo creo que fue eso... Fuimos cuatro gatos” (IU-IV.18.M2).

Espontaneidad, y también cierta asunción de la propia marginalidad (“fuimos cuatro gatos”), que protestan desde los márgenes de un sistema político cuya corriente central no les representa, y también desde los márgenes de un sistema mediático que no les otorga reconocimiento alguno. Desde esa marginalidad política asumida, los jóvenes votantes de IU-IV censuran la actitud del PP y del PSOE aquella tarde del 13-M, y la interpretan como un intento de instrumentalización electoralista de su protesta. Unos (PP, Rajoy), para criminalizarla (es ilegal, antidemocrática); otros (PSOE, A.

Rubalcaba), para cooptarla, al menos simbólicamente: “Es que no pueden [PP y PSOE] seguir presionando así a la gente [...]. Tú [los portavoces de los partidos] puedes denunciar, pero no salir en todos los medios diciendo: mira qué mal lo están haciendo, porque de alguna forma es lo que ella dice: están haciendo su campaña. Mira lo que están haciendo contra mí, que en teoría soy la víctima” (énfasis añadido, IU-IV.18.M1.).

Trasmiten también una auto-percepción de marginalidad mediática, del difícil acceso de las voces discrepantes a la esfera pública y que resta eficacia a la protesta: “[...] si no tienes un aparato como el del Gobierno para difundirlas [las movilizaciones], como ellos lo tenían... Porque yo creo que al día siguiente [en] los medios del Gobierno [las protestas del 13-M] eran una nota a pie de página” (IU-IV.18.H1). Pero los medios privados pueden socavar esa situación: “si no tienes el aparato propagandístico del Gobierno, era difícil enterarse... a no ser que vieras *Tele5*, oyeras la *SER*” (IU-IV.18.H1). Y de inmediato la corrección, el sí, pero: “También podías escuchar la radio y que te dijeran: ¡cuidado, no vayáis al centro que están los antidisturbios! Un cúmulo de miedo. [...] ya [los periodistas] dando la vuelta a lo que está pasando para que la gente no vaya, ya por miedo” (IU-IV.18.M6).

En definitiva, los votantes de IU-IV percibieron en las jornadas siguientes al 11-M una situación de bloqueo, y reaccionaron protestando en la calle, sin esperar demasiado ni de unos (los partidos, que los intentaron instrumentalizar), ni de otros (los grandes medios, que los silenciaron o buscaron disuadirlos). Es ese bloqueo el que los margina, y lo tienen claro. Se saben en minoría pero no renuncian a la disidencia: cuatro gatos que siguen dando por saco.

5.4. Abstencionistas que dejaron de serlo

Para los jóvenes que antes del 11-M habían decidido abstenerse, lo sucedido entre los atentados y las elecciones resultó crucial para decidir su voto. Todos acudieron a las urnas el domingo 14; y todos votaron por opciones de izquierda, ni siquiera en blanco. Los que se confiesan “más de derechas”, se decantaron por el PSOE; los “más de izquierda”, por IU-IV. Y entre los jóvenes ciudadanos, quizá fueran estos abstencionistas iniciales quienes vivieron con mayor atención e intensidad intelectual (no tanto emocional) aquellas jornadas. De su discurso se desprende que necesitaban hacerse una idea clara de lo que estaba pasando y por qué a suya era, por tanto, una abstención activa, razonada, desmintiendo el tópico de la desafección política. Podrían

haber adoptado una actitud pasiva, de meros espectadores de los acontecimientos. Votaron; pero lo hicieron tras implicarse a fondo y evaluar la situación. Y no les fue nada fácil mudar de opinión: “Lo decidí el sábado. Hasta el sábado por la tarde [13-M] no pensaba votar” (AB.18.H2). Recordemos que alguna abstencionista se empleó más a fondo: “Yo personalmente no dormí la noche del sábado al domingo. Llegué a las tantas de Génova, y yo hasta el domingo por la tarde no me decidí. Yo voté a las siete y media de la tarde [...]. Leí libros de historia, incluso. En plan... para verme en algún lado, no sé [...]” (AB.18.M4).

Lo determinante en el replanteamiento de la abstención no fue la paulatina acumulación de datos que señalaban a Al Qaeda, permitiendo conectar los atentados con la guerra de Irak. Esto es percibido como una reflexión generalizada: “El hecho de que no haya sido ETA es lo que ha llevado a la gente a cambiar su voto, porque han culpado lógicamente a Aznar por participar en la guerra, vamos” (AB.18.H1). Pero el hecho crucial fue cómo el Gobierno manejó la información aquellos días y antes, en la última legislatura.

Indignación, rabia y hartazgo son los términos que emplean para definir una posición de ciudadano agraviado por lo que consideran “mentiras”, “soberbia”, “silencios” y “retrasos” del Gobierno al transmitir los datos. “Todos pensamos que fue ETA desde el primer momento [...]. Luego ya, cuando ETA lo niega dos veces, ya cuando Al Qaeda lo reivindica cuatro o cinco... Y cuando ves que el Gobierno está ahí, [que] empieza a retrasar las cosas... A ver si este explosivo; ahora no...” (AB.18.H2). El siguiente relato indica cómo fue alimentándose el agravio: “Yo estaba escuchando la *SER*, y estaba indignada porque cada vez salía más información y veía que el Gobierno no decía nada. Entonces, la *SER* tiene esa información por algo, y no es posible que la tenga la *SER* y el Gobierno no la tenga. Que en estos casos no debería decir nada ninguno. Es decir, tendría que salir [el Gobierno, y decir]: ha sido éste, ha sido el otro, o no lo sabemos. Pero no dijeron nada. No es posible que yo me esté informando a través de una emisora de radio privada. Eso es, no sé...” (AB.18.M3). Ahí comenzó a romperse la confianza en el Gobierno (“no es posible que yo...”), y a fraguarse la decisión de acudir a las urnas.

La actitud del Gobierno (retrasos, omisiones, mentiras) no sólo se constata, también se pone en contexto y se evalúa de forma muy activa. De ello dependía una decisión política (abstenerse) tomada a conciencia. Se contextualiza hacia atrás: el Gobierno actuaba “en su línea. Esa es la frase” (AB.18.M3). Y la línea que trazan estos

jóvenes, abarcaba los últimos cuatro años: “Las mentiras del Gobierno, como siempre” (énfasis añadido, AB.18.H1). Y se constata con la misma actitud. ¿Por qué esos silencios, retrasos y mentiras también ahora? “Yo creo que, primero, tenía miedo [el Gobierno] a la manifestación que hubo [el 12-M]. Imagínate: once millones de personas gritando ¡Fuera el gobierno!” (AB.18.M3).

Otra participante corrobora esa misma impresión: “Yo creo que lo hicieron estupendamente para que no hubiera ningún problema en la manifestación del viernes. Si las informaciones hubieran llegado el viernes a las siete de la tarde, hubiera sido, ¡vamos! [...]. En Barcelona, se abucheó a Piqué y demás... Que es lo que decía ella: el primer miedo que tuvieron fue en la manifestación, y luego [en] las urnas” (AB.18.M4). Implicados, como decíamos, en un proceso de reflexión sobre lo que estaba sucediendo, los abstencionistas parecían tenerlo claro: el Gobierno manejaba la información como siempre, para controlar ahora a la opinión pública para evitar un castigo electoral. Y de acuerdo con esa percepción, actuaron. “Fue la gota que colmó el vaso” (AB.18.M4).

El rechazo al control de la información es también determinante en la valoración de las movilizaciones del 13-M. Todos los abstencionistas piensan que fueron autónomas y legítimas; y, más aún, necesarias: “[...] la gente se quejaba de la poca transparencia informativa que ha habido y demás” (AB.18.M4). Para expresar esa queja no hicieron falta consignas, ni partidistas ni de ninguna otra procedencia, sino la reflexión autónoma a partir de los datos que se iban conociendo: “A mí me convocó la policía, entre comillas. No sé... Yo de repente estaba en Malasaña [un barrio del centro de Madrid] y veo helicópteros volando muy bajo. Bueno, aquí pasa algo, ¿no? Llamé a mi casa: ¿qué pasa? La tele no ponía nada. Bueno, no sé: han detenido a cinco, tres marroquíes y dos hindúes. Vale, pues ya está. Y fui directamente a Génova sin saber nada [...]. Sí, sí, estaba claro. Iban [los manifestantes] a ir allí: ¿a dónde van a ir a protestar? ¿A Moncloa? No, estaba claro: a la calle Génova directamente” (énfasis añadido, AB.18.M4.). Y otro caso: “Yo fui en Guadalajara [...]. Yo había estado en un partido de fútbol-sala y después me empezaron a llegar mensajes sobre Al Qaeda. Reivindicaban... Y yo empecé a mandarlos, a distribuirlos. Y luego, sobre las once de la noche, estábamos en un bar y vinieron unos amigos: ‘Están en la sede del PP’. Pues vamos; y fuimos para allá” (AB.18.H2).

Salir a la calle, manifestarse, parecía ser la única vía disponible de una opinión pública que se sentía agraviada y que había participado en protestas previas. Este juicio cobra valor al ser compartido, incluso por quienes no se manifestaron ante las sedes del

PP invocando una especie de coherencia ideológica. Un joven que reconoce “yo tampoco, de todas formas, tiendo a la izquierda: es ir contra lo que yo pienso”, afirma sobre las movilizaciones del 13-M: “Me pareció bien que se manifesten, pero es que [...] no me veo parecido a mucha de la gente que había allí, y no congenio con muchas de sus ideas... Aunque había que protestar contra el PP. Pero como que no me representaban [los manifestantes]” (énfasis añadido, AB.18.H1). Otra joven justifica en términos parecidos su decisión de no acudir a las concentraciones: “Se mezclaban... Vamos a ver: yo soy de derechas” (AB.18.M3). Pero desde esta ubicación ideológica afirma la necesidad de la protesta: “Me parece muy importante que la gente se manifieste así contra algo que no ve bien. Eso no se puede permitir. A ti te pueden dar información por la televisión, que seas de un partido, de otro, de derechas, de izquierda... Pero no te pueden mentir, no te pueden manipular” (énfasis añadido, AB.18.M3). El poder, en definitiva, tiene un límite, y a juicio de estos jóvenes los dirigentes del PP lo traspasaron con creces. Eso los movilizó: a protestar en la calle, y a emitir, enmendando en varios casos sus preferencias iniciales, su voto.

6. Voto de castigo, desobediencia civil y desconfianza ante los medios

Hemos conversado con jóvenes que pudieron haber sido asesinados el 11-M. Nuestra universidad se encuentra en el sur de Madrid y los trenes de cercanías eran el medio de transporte que muchos de ellos utilizaban. Por primera vez sintieron tan cerca el terrorismo y también, por primera vez, podían votar en unas Elecciones Generales. Lo hicieron como pudieron, con poca ayuda de quienes se suponían eran sus representantes. A la luz de sus discursos, hemos podido constatar cómo valoran el sistema político e informativo y las salidas que encontraron para romper el bloqueo de ambas esferas tras los atentados; o, mejor dicho, tras la manifestación institucional del 12 de marzo. Pues, tal como hemos constatado, el 13-M rompió un colapso informativo que se percibía como intolerable.

Respecto al sistema político, los jóvenes primaron el voto de castigo y asumieron la legitimidad de la desobediencia civil; es decir, de las concentraciones que vulneraban la legislación en el día de reflexión. Por una parte, constatamos una fuerte desconfianza respecto a las promesas de la campaña y la puesta en escena electoral. Todos los jóvenes, en la medida de sus posibilidades, criticaron la insistencia de los candidatos en deslegitimar al oponente, en lugar de comprometerse con el electorado,

con propuestas claras y vinculantes. Esta exigencia era acorde con su evaluación negativa de la gestión de los partidos y de su escasa capacidad para desarrollar políticas eficaces, que aportasen soluciones reales. Antes de votar aplicaron una mirada retrospectiva (evaluaban toda la legislatura) e instrumental (decidieron su voto para desalojar del Gobierno a una fuerza política o para renovarle su confianza). A pesar de que el eje de izquierdas y derechas se evidenciaba cuando se auto-posicionaban ideológicamente, la mayoría niega que determine su voto.

La legitimidad que reconocen en la protesta social es otro rasgo definitorio de los “nuevos” votantes. Legitimidad que se explica por las críticas anteriores y, sobre todo, por el clima de desinformación que constataron hasta el 13-M. La legitimidad de las concentraciones se extiende incluso varios votantes del PP, y podría provenir de su socialización política en el ciclo de movilización que arrancó con las protestas contra la LOU. Entienden que la protesta social debe ser autónoma, no capitalizada por siglas partidistas. Pero incluso la instrumentalización electoralista, que es como casi todos califican las reacciones de los dos primeros partidos al 13-M, no le restan valor.

De hecho, las concentraciones se percibieron como necesarias, incluso entre quienes no las secundaron. El 13-M jugó el papel que la teoría de la democracia le reserva a la desobediencia civil. Fue la reacción última, ante un abuso de poder que se percibía intolerable. Tras la manifestación institucional muchos jóvenes sintieron la necesidad de hacer algo, porque no percibían que los medios y los partidos convencionales les guiasen a una decisión de voto razonable. Y razonable es su posición frente al 13-M. Sólo creen en la orquestación partidista los partidarios del PP, porque sus líderes y los medios afines siguieron insistiendo en las tesis de la conspiración (ETA y Al Qaeda actuaron juntos) o de la orquestación partidista del 13-M (organizada por PSOE e IU-IV y...). Los votantes del PSOE no secundaron la convocatoria por no creerla pertinente o por no identificarse con los manifestantes. Sin embargo, cundió entre los votantes de IU-IV y los abstencionistas que dejaron de serlo a favor de las candidaturas de izquierda.

Nos atrevemos a decir que esas concentraciones fueron respaldadas, porque se percibió que cumplían las funciones democráticas de la desobediencia civil. Es el recurso último (pero inalienable) de los gobernados frente al gobernante que quiere sustraerse del control de la voluntad popular. La desobediencia civil implica una ruptura de orden legal, en público, asumiendo las consecuencias y, en nombre de un principio o derecho político, que se siente vulnerado. En el caso que nos ocupa, se trataba de votar

sabiendo la verdad. No la verdad metafísica, sino la que afectaba a casi 200 muertos y 1.500 heridos. Apelando a John Rawls, podríamos afirmar que el 13-M fue un mecanismo de defensa de democrática, aunque por definición uno ilegal. “Junto con otros elementos como las elecciones libres y regulares y una magistratura independiente [...la desobediencia civil...] usada con la debida prudencia y juicio oportuno ayuda a mantener y reforzar las instituciones justas” (1971: 383). En el caso que nos ocupa, se trataba de acudir a unas elecciones denunciando el intento de fraude informativo. A pesar de los riesgos – personales, legales y políticos - que entrañaban, casi todos los jóvenes reconocieron que las concentraciones del 13-M fueron prudentes y oportunas, en el doble sentido de necesarias y en el momento preciso. Todos señalaron la ausencia de violencia y denunciaron el tremendismo con que presentaron el 13-M los pocos medios que lo retransmitieron en directo. Fueron los jóvenes votantes de IU-IV y los abstencionistas iniciales quienes más participaron y compartieron aquellas movilizaciones; y acudieron por “sentido común”, por llamadas de amigos, por SMS de conocidos... sin partidos, sin medios. Coinciden, además, con los sectores que se sentían más marginados por el discurso político y mediático.

Respecto al sistema informativo constatamos el descrédito generalizado de los grandes medios, públicos y privados. Durante la campaña electoral eran vistos con escepticismo y desconfianza, por la polarización partidista que promovían, su seguidismo del Gobierno o del principal partido de la oposición. Estos rasgos se agudizaron entre el 11 y el 14 de marzo, conduciendo a una situación que vivieron como insostenible. A partir de la tarde del 11-M, la sorpresa de estos jóvenes provenía del retraso de los medios españoles en imputar los atentados a Al Qaeda; porque hacía dos días los contrastaban con informaciones que tuvieron que recabar de medios extranjeros a través de Internet.

Tal como reconoció el Presidente José Luis Rodríguez Zapatero, en su comparencia en la Comisión sobre los atentados del Congreso de los Diputados, a partir de la tarde del jueves 11 de marzo no había ningún indicio que apuntase a ETA y, en cambio, sí a Al Qaeda:

Desde el momento en que se descubrió claramente que la dinamita no era Titadyne (en la tarde del jueves 11 de marzo) no había absolutamente ningún elemento que pudiera hacer pensar que el atentado terrorista era de la banda ETA. Cuando se hace un análisis mínimamente objetivo, a tenor de lo que representan los antecedentes, no es que no haya

dos líneas, una prioritaria y otra no prioritaria, es que hay una sola línea. Y yo ahora afirmo que, habiendo sólo una línea de investigación desde el jueves por la tarde, todo lo que se dijo posteriormente fue un engaño, fue un engaño masivo⁸.

El actual presidente del Gobierno, no se expresó con tal contundencia hasta nueve meses después de los atentados. Estas declaraciones no fueron hechas públicas hasta el 13 y 14 de diciembre de 2004

Los jóvenes daban por supuesto que *RTVE* se plegaría a las directrices del Gobierno, pero les sorprendió el mismo comportamiento en los medios privados; sobre todo, en los que suponían hostiles al PP y favorables al PSOE. Les sorprendía que, primero frente a sus dudas y después ante las evidencias, los medios españoles siguiesen inculcando a ETA, como única responsable o como colaboradora de Al Qaeda. Algunos votantes del PSOE llegaron a señalar que *El País* o la *Cadena SER* al menos se daban dos versiones: la del Gobierno y la de Al Qaeda; frente a *TVE*, que sólo ofrecía las declaraciones ministeriales. Los votantes del PP invertían el argumento, diciendo que si *RTVE* estaba manipulada por el Gobierno, los medios antes citados manipulaban a favor del PSOE. Es decir, el antagonismo partidario y mediático se trasladaba a los dos sectores que contaban con medios que representaban a su partido. A pesar del recelo generalizado, los excesos del bando contrario, excusaban y explicaban los del propio.

Las críticas de los votantes de IU-IV y de los abstencionistas (que dejaron de serlo) al periodismo español fueron más duras, porque desde hacía una legislatura veían negadas la visibilidad y la legitimidad de las protestas en las que participaron. Habían forjado una actitud de recelo ante los medios. Habían establecido complicidades en las protestas anteriores y, por tanto, círculos de afinidad con prolongaciones tecnológicas. La indignación que sintieron tras acudir a la manifestación del día 12 no necesitó convocante alguno. Lo fueron todos y cada uno de ellos, sin jerarquías ni tramas conspirativas a la sombra. Nadie les alentó. La información que recibían de las movilizaciones del 13-M (miedo, cargas policiales...) era disuasoria o, al menos, así la percibieron. Y, al día siguiente, como tendremos ocasión de ver, apenas aparecían en los medios de comunicación. Todos hablaban del “acoso” o de las “concentraciones” frente a las sedes del PP. Ninguno mencionó siquiera que, al menos en Madrid, se reunieron en la Puerta del Sol a media noche. Luego cortaron las calles principales en una marcha que, pasando por el Congreso, desembocó en la estación de Atocha, sin un solo

⁸ Véase *El País*, 15 de diciembre de 2004, p.20

disturbio. Ni en la plaza pública, ni en el escenario del terror, había políticos, tampoco periodistas españoles.

Para hacer frente al control informativo, los jóvenes movilizaron los siguientes recursos:

- Consultaron fuentes periodísticas alternativas; sobre todo, medios extranjeros, hasta el punto de que alguno señala que si los medios españoles se avinieron a aceptar la tesis de Al Qaeda fue porque los medios extranjeros insistían desde el principio en esa dirección.

- Activaron redes de confianza para obtener información y generar sentido, encontrar una explicación a qué estaba pasando.

- Las redes de confianza se desplegaron por dos vías: las redes interpersonales (amigos, familia) e Internet y SMS. La relevancia de estas NTIC radicó en tres rasgos: a) ampliaron el alcance de la deliberación, intercambiando noticias y generando sentidos en círculos cada vez más amplios, b) con cierta proyección pública, en chats y listas de correos y c) en un contexto de alta personalización y, por tanto, de confianza con los interlocutores.

En consecuencia, los sujetos que recurrieron a las NTIC incrementaron su autonomía, activaron redes previas y las socializaron hasta movilizarse, tanto para votar como para manifestarse el 13-M. El proceso que nos describieron los jóvenes siguió este recorrido: (a) Recogida de información; (b) contraste de datos; (c) evaluación de la información; (d) fijación de una opinión; (e) diseminación/socialización de la opinión; y (f) movilización.

El recorrido (a)-(b) es el del espacio personal/intimo. Se inició a partir de la constatación del bloqueo político/mediático. El individuo se busca la vida ante esta constatación y surge el principio de autonomía; tras romper la dependencia con respecto a las instituciones de la esfera pública más cercana al poder.

El recorrido (c)-(d) es el del espacio interpersonal/privado. Se construyó a partir de redes de confianza interpersonales. Se dio un sentido compartido a la información, se recogieron más datos, y se contrastaron más. De ahí surgieron opiniones personal o, más bien, interpersonales (espacio todavía privado).

Y el recorrido (e)-(f) es el del espacio público. Se forjó en redes de confianza soportadas en NTIC y tejidas en movilizaciones previas. Se buscaron públicos más

amplios, pero en contextos de confianza (credibilidad) y una sensación de agravio que acabó por hacerse colectiva. Así se generó una opinión pública capaz de movilizarse.

